

para enfriar el corazón, envenenar la mente y sembrar odio e indiferencia en el alma del noble público Angloamericano hacia la América Latina.

Los Centros Universitarios, la Escuela, el Periodismo, el Púlpito o Cátedra Sagrada, el Teatro, las Bibliotecas Públicas, los Clubs, los Comités y las Instituciones de carácter nacional e internacional, etc., muchos de estos son hoy, en los Estados Unidos, centros donde la vida moral, social, económica y política de la América Latina se analiza y se juzga de una manera ilegal, inconsiderada, arbitraria y clandestina.

Comprendiendo que atañe primordialmente a la Unión Panamericana el deber de estudiar y poner fin a estos graves males y habiendo tenido el placer de conferenciar con usted en Nueva York en el mes de Julio de 1925, y deducir de nuestra conversación el criterio liberal y la sincera simpatía que usted abriga por la América de habla española y portuguesa, me atrevo a hacer ante usted, en esta mi carta, todas las consideraciones que anteceden, y tengo la esperanza de que por su valiosa mediación la Unión Panamericana tomará los pasos necesarios y las medidas adecuadas para parar y conjurar tan grandes y peligrosos males.

Yo, que he consagrado los mejores años de mi existencia a la redentora labor educacionista y cultural en Colombia y Venezuela y que por cinco años, últimamente, me he dado a la tarea de divulgar en los Estados Unidos la evolución cultural y material de la América Latina y su puesto en el mundo civilizado; estudiando con todo ahínco y atención los complicados problemas y las múltiples causas que originan la dolorosa y seria situación entre las dos Américas, comprendo muy claramente que todo esfuerzo para cambiar la presente condición será completamente nulo, si las fuentes de información y los mentores políticos, intelectuales y sociales de las dos Américas no presentan ante las masas y ante la juventud del Nuevo Mundo, un cuadro vivo y real de las Naciones del Sur, de cultura y mentalidad latinas, y de la gran Nación del Norte, de cultura y mentalidad anglosajonas; usando para esto como es natural, imparcialidad, justicia, honradez y una verdadera comunión espiritual de amistad y mutua simpatía.

Es evidente que la América Latina tiene muchos y grandes defectos, como los tiene también la América Anglosajona; pero también es evidente que la América Latina tiene reconocidas virtudes y cualidades y que ya hemos modelado y encauzado, por rumbos propios y definitivos, una cultura y una civilización que nos coloca entre los pueblos civilizados de la tierra y que nos hace acreedores al respeto y a la consideración de las otras naciones del mundo.

Es evidente también que toda la América Latina desde su Independencia hasta nuestros días, en su marcha triunfal hacia el progreso y la democracia, ha estado sometida a serios accidentes políticos y a bruscas transiciones intelectuales y morales; pero, ¿qué nación en el mundo ha podido escapar del veredicto de esta ciega ley de la historia?

Conviene aceptar además, como evidente, que estos fenómenos aún existen e imperan hoy en algunas secciones de nuestra América; paralizándolo en gran parte el progreso intelectual y material; atrofiando el espíritu cívico y la conciencia nacional, y causando gran perjuicio a las otras secciones donde el orden, la paz, el trabajo y las instituciones democráticas han establecido su trono definitivamente. Pero si analizamos imparcialmente las causas y motivos de estas convulsiones políticas y conflictos latinoamericanos, veremos con sobrada claridad que toda la responsabilidad recae sobre un grupo de enfatuados, ignorantes, cándidos e improvisados sargentones llamados políticos latinoamericanos que, traicionando su raza, su patria, su historia y traficando con los derechos inalienables del pueblo, han sido, desde la Independencia, con pequeñas interrupciones, los instrumentos más activos y directos para la penetración de algunas naciones extranjeras que, con fines perversos y con propósitos esencialmente utilitaristas, han hecho de estas regiones latinoamericanas políticamente, subprotectorados; económicamente, colonias declaradas; y ante el mundo y la historia, el teatro de interminables revoluciones, o, en otras palabras, un Calvario de Sangre.

Usted, Señor Doctor Rowe, que conoce muy a fondo la historia política de la América Latina y su evolución social, moral y material, no dudo que verá como yo veo y creará como yo creo, que sólo podremos pensar en armonía y en la realización de los ideales panamericanos cuando toda la América Latina pueda poner freno a las injustas ambiciones e intrigas políticas de naciones extranjeras, sometiendo dentro de sus Códigos y de sus Leyes a todos los que se denominan latinoamericanos y extranjeros, como lo han logrado hacer la Argentina, el Brazil, Chile y el Uruguay; como está luchando heroicamente por hacerlo el noble Pueblo

Mejicano, y como parece inclinada a hacerlo la República de Colombia.

Entonces sólo, y sólo entonces, la paz y la fraternidad reinarán en el Nuevo Mundo.

Entonces, todas las naciones de la América Latina, grandes y pequeñas, tendrán gobiernos representativos y populares y veremos en esas pequeñas Repúblicas que hoy sufren y se devastan en contiendas sangrientas para reconquistar su independencia política y su autonomía económica, la Fuerza del Derecho prevalecer sobre el Derecho de la Fuerza.

Entonces las dos Américas podrán dentro de los límites de mutua simpatía y respeto y sin odios, envidias y prejuicios, desarrollar triunfantemente las dos civilizaciones diferentes que fueron trasplantadas del Viejo al Nuevo Mundo por las razas o pueblos de tradiciones y mentalidad latinas y por aquellos de tradiciones y mentalidad anglosajonas.

Entonces podremos crear en el Nuevo Mundo una verdadera Liga Panamericana de Naciones o una real Unión Panamericana, en lugar del enmascarado Ministerio de Colonias que tenemos hoy con el nombre de Unión Panamericana, pero que fundamental y estructuralmente no es otra cosa que una copia exacta del Ministerio de Colonias Británico; y por los fines velados y ambiguos con que se usa, es el arma más poderosa y eficaz para el expansionismo político, económico y geográfico de los Estados Unidos, y el peligro más inminente para la integridad y autonomía de la América Latina.

Entonces, finalmente, podremos revivir y cristalizar el Evangelio Panamericanista formulado por nuestros Libertadores y tan ansiado y loado hoy por los hombres de buena voluntad en las dos Américas.

Con sentimientos de alta consideración y aprecio, soy del Señor Doctor Rowe, muy atento, seguro, servidor y amigo.

Miguel Antonio Peña

(Envío del autor)

Sueño

(Envío del autor)

El agua de la sombra nos desnuda
de todos los recuerdos
en esta brusca
inmersión que anticipa, en los oídos,
la sordera metálica del sueño.

Y quedamos de pronto, sostenidos,
en este mar en donde nadie flota
de una cadena lógica de ausencias,
como el buzo de sangre
sólida, de coral arborescente,
que vive, en la prisión de la escafandra,
de la sierpe del aire que lo sigue.

Lento
y con ruedas de espuma en el insomnio
gira el acuario rápido del sueño.

Pero el silencio abre
un pozo brusco en tu memoria fría,

un pozo
donde nuestras imágenes
se lavan de la atmósfera adquirida.

¿Con qué dedos de música tocarte?

Porque sólo la música podría
devolverte una forma para el tacto
—cálida, yerta, lisa—
a ti que tienes tantas
—áspèras, sordas, tímidas—
para el oído ávido.

Porque sólo la música
sabría componer, con los fragmentos
de tu semblante muchas veces roto,
el nuevo,
el inefable rostro nuevo
que de tu sueño lento está naciendo...

Jaime Torres Bodet

Madrid, 1930